

Suscripciones de Madrid
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

EL CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82.
Barrio de Salamanca.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 4 DE ABRIL DE 1875.

SIEETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

Supongo que ya sabrán Vds. que pasó la Cuaresma con toda felicidad hasta cierto punto.

Los maestros de escuela dicen que no ha pasado la Cuaresma, pero eso debe ser un efecto de óptica combinada con el hambre.

La verdad es que los maestros de escuela ya no saben en qué día viven, ni en qué año estamos, ni cómo viven, ni de qué viven.

Realmente en el mundo la esperanza es todo, porque esos seres incomparables no viven de otra cosa, aunque ellos están diciendo ya que han perdido la esperanza. No la han perdido, no: ¿de qué se alimentan sino de esperanza?

La esperanza está ahora sonriendo á mucha gente.

La esperanza de que acabe la guerra hace sonreír á las pobres madres que tanto han llorado en estos seis años.

Desde que hay esa esperanza, una vecina mía, linda muchacha, que antes estaba pálida, abatida, siempre triste, se asoma á la ventana, ostentando en sus mejillas el sonrosado color de la juventud y la salud, y se sonríe, y dice no sé qué dulzuras á los pájaros que vuelan por delante de su ventana ó se detienen á comer el trigo que pone sobre la repisa... Ayer me dijo su portera que la muchacha tiene el novio en el Norte, un oficial con tres estrellas. Vean Vds. una muchacha que está deseando ver las estrellas. Dios quiera que no haya ninguna acción más en el Norte, porque aun podría mi vecina, tan alegre hoy con su esperanza, morir de pena.

Un pobre pretendiente, que en vano pretende, me decía ayer:

—Estoy más animado, tengo esperanza. Si se acaba la guerra, habrá muchos empleos que proveer en los puntos ocupados hoy por los carlistas. Yo seré colocado; me lo han ofrecido. En el resto de España, ya está dado todo, ya no hay hueco para mí, pero en acabando la guerra, es segura mi colocación. Algo habrá en Estella, en cualquier pueblo de los que hoy ocupan esos condenados.

¡Pobre pretendiente! ¡no te espera mal desengaño! Si en tres años de pretensión no has conseguido nada, ya nada consigues; has nacido para ochavo; no esperes más colocación que la que tenemos todos segura en el cementerio.

Me escriben cartas varios desocupados, culpándome con descorteses modos de aplaudir á Cabrera y al gobierno.

Pues miren Vds., todo lo hago de gratis, como dicen los ciegos que venden papeles; lo hago porque creo que Cabrera ha hecho muy bien, y que el gobierno actual es preferible á otros.

Si eso les incomoda á Vds., lo siento, porque veo que todavía hay gente ciega é intransigente. á la que sin duda les parecen pocas las calamidades que han traído á la patria las aventuras en que hemos estado metidos desde el año 68.

Haya paz, señores, que es lo que se necesita, y á los mismos que se manifiestan enojados por temor de que la haya les vendrá que la haya, ó que la *haiga*, como dice un carlista que me ha escrito furioso porque me permití felicitar á Cabrera en el número anterior.—«No crea Vd. que la *haiga* me dice, y luego me pega una cornada, diciéndome qué sé yo cuantos insultos.

¡Hombre! modere Vd. sus ímpetus, ó váyase á Estella á alistarse en el batallón de guías, que para eso no se necesita saber gramática, y para escribir una carta es cosa precisa.

Por lo demás, nada tengo que decir á Vds. que Vds. no sepan ya.

Siguen los nombramientos y las cesantías.

Siguen los periódicos recomendando que no se

pretendan destinos, y que se paguen con exactitud las contribuciones.

Tienen razón; pero lo que urge mucho es que al contribuyente se le proporcione el orden, la paz, la buena administración, la economía en los gastos públicos y todo lo demás que necesita el contribuyente para que su trabajo le permita pagar puntualmente la contribución. ¿Qué más quiere el contribuyente que poder pagar con holgura la contribución?

Pero si después de hablar contra los pretendientes, van también ahora los periódicos á hablar contra los contribuyentes, es decir contra los que no pretenden y pagan, apaga y vámonos, que dijo el apóstol.

Para concluir, una frase de un maestro de escuela. Hablábase de que el eminente Dr. Velasco solicitaba que se le facilitase diariamente un cadáver procedente del hospital, para la enseñanza anatómica en su magnífico Museo y Escuela de Medicina.

—¿Y no le serviría un maestro de escuela?—preguntó el dómine.—Pues ¿dónde mejor podrá estudiarse la anatomía? ¡Y sin necesidad de abrirme!!!—añadió, y continuó luego engolfado en sus meditaciones.

Otra frase de un maestro:

—¡Ah! dicen que los sueños suelen ser verdad. ¡Mentira! Yo he soñado esta noche que me comía una chuleta de ternera, y hace seis años que no he visto ninguna.

MUSEO ANTROPOLÓGICO

DEL DR. VELASCO.

Este eminentísimo hombre de ciencia, cuyo nombre siempre respetable, será en adelante bendecido como el de uno de los más útiles, inteligentes y dignos bienhechores de la humanidad, ha tenido al fin la satisfacción inmensa, con ninguna otra comparable, de ver realizado el ardiente anhelo de toda su vida. En esta grande obra ha empleado toda su vida y toda su fortuna, elevando un magnífico templo á la ciencia, para honor de su patria y asombro de las demás naciones, donde no existe ninguno que iguale al que gallardo y severo se levanta en el Paseo de Atocha.

Es imposible hacer la completa enumeración de lo que contiene el Museo del gran anatómico; nada falta allí: cuanto pueda servir para conocer la naturaleza y la humanidad, cuanto necesita examinar y estudiar el que se dedica á la ciencia, cuanto pueda contribuir al alivio de los que sufren, todo está allí, todo lo ha recogido cuidadosamente el Dr. Velasco, en su entrañable amor á su profesión y en su interés por el prójimo y en su entusiasmo por la enseñanza.

Asombra considerar la suma de trabajo y de estudio que representa el Museo del Dr. Velasco, y parece imposible que en los años que lleva de profesión el eminente médico, haya tenido tiempo material de hacer tal prodigio. ¡Tanto pueden la voluntad y el amor á la humanidad!

La patria debe estar orgullosa de ser madre de hombre tan benemérito, y pocas serán seguramente todas las distinciones con que se premie á quien tanto la honra y la sirve.

Nosotros nos honramos mucho rindiendo en estas desaliñadas frases al Dr. Velasco el tributo de nuestra admiración, como hombres aficionados al estudio y deseosos del bien de nuestros semejantes, y el de nuestra más profunda gratitud, como españoles amantes de la gloria y el decoro de la patria.

Hombres como el Sr. Velasco son los que necesita esta pobre España, hijos amantes y agradecidos, que en vez de ensangrentarla y destruirla, la ofrecen tesoros de ciencia y de virtud, y la hacen respetable y grande.

España inscribirá, entre los de sus mejores hijos,

el nombre de D. Pedro Gonzalez de Velasco, y el templo levantado en el Paseo de Atocha será testimonio perpétuo de lo que pueden y valen el estudio, la voluntad y el verdadero patriotismo.

¡VIVAN LOS TOROS!

Sí, señor, ¡vivan los toros! pero vivan como yo sé que deben vivir.

Háme parecido muy bien que nuestro joven y amado Rey D. Alfonso asistiese el domingo de Pascua de Resurrección á la corrida; y para que así me haya parecido hay varias razones. El Rey, aunque por su instrucción y suma dureza de juicio parezca un hombre de canas ó próximo á tenerlas, por su edad es un joven de diez y ocho años, y á la juventud hay que darle lo que le corresponde, y más cuando la juventud interesa tanto á la dicha y el corazón de un pueblo como la de D. Alfonso XII. Un Rey, particularmente al comenzar su reinado, aunque desdeñe la popularidad, debe amar la popularidad, que es cosa muy diferente; y en este concepto necesita conceder algo, contemporizar algo con las inclinaciones y costumbres de su pueblo, con tal que estas no sean tales que la ley ó el sentimiento moral vedan toda contemplación con ellas, en cuyo caso no se encuentran las corridas de toros. Después el nuevo circo taurino de Madrid, por más que yo no hubiera gastado un cuarto en él, es un verdadero monumento arquitectónico que era natural desease examinar y conocer un Monarca ilustrado que ha viajado por el extranjero y ha visto muchos monumentos, aunque ninguno de ellos destinado en nuestros tiempos de progreso á fin tan indigno como las plazas de toros. Por último, es natural, es laudable, es justo que el Rey D. Alfonso, que por su edad y su forzosa expatriación no había podido observar y estudiar las costumbres españolas, quiera observarlas y compararlas con las extranjeras que conoce algún tanto, aunque no sea más que para esforzarse durante su reinado en modificarlas y corregirlas en todo aquello que merezca esta modificación y corrección.

Estas son las principales razones que tengo para haberme parecido bien que el Rey asistiese el domingo á la corrida de toros; pero tengo muchas más para creer y esperar que S. M. no ha de conceder con mucha frecuencia al espectáculo taurino la honra de ir á él, ni la de fomentarle con sus simpatías.

Fúndase esta creencia y esta esperanza mías, en que D. Alfonso sabe que las luchas de los hombres con las fieras, sin que la necesidad las justifique, ni den más resultado positivo que el derramamiento de sangre y la muerte de criaturas de Dios útiles á la patria, son espectáculos que no merecen ser presenciados ni protegidos por un Rey de nuestros tiempos.

Es muy posible que no falte quien aconseje al Rey que como español, y Rey de España, sea el primer español aficionado á toros; y es muy posible que funde su consejo en las consabidas razones de que más reputantes que las corridas de toros son los *trompis* de los ingleses; de que los toros son fiesta española nota: de que si los extranjeros no tienen esta fiesta es porque carecen de la sal y salero de los españoles para torear, y de que las corridas de toros hacen á la gente valiente, y por no tenerlas son los extranjeros unos gallinas, al paso que los españoles por tenerlas somos todos unos héroes capaces de comernos vivo al mundo entero.

Pero estoy seguro de que el Rey D. Alfonso contestará al que tal le aconseje y diga, traduciendo al lenguaje elevado y culto que corresponde á su alto magisterio, á su gloriosa estirpe, á su instrucción y á su elevación de inteligencia y sentimientos, este discurso en que yo, que soy un ente vulgar, formulo mis ideas:

—¿Y á quién le cuenta Vd. eso? Eso cuénteselo usted á las pobres gentes del vulgo y á los pobres reyes vulgares que no tienen criterio propio, y en todo y por todo necesitan valerse del criterio ajeno. A mí no me venga Vd. con liláilas, porque yo sé que en España

misma hay fiestas y solaces más dignos de la atención y la protección de un Rey de estos tiempos, que no las bestiales corridas de toros y novillos. ¡Que son los toros fiesta española neta! ¡Que son la fiesta nacional por excelencia! ¡Vaya una razón! Como si lo malo dejara de ser malo por ser español, y lo bueno dejara de ser bueno por ser extranjero.»

Hasta es de creer que no falte quien diga al Rey, que no será popular si no es grande amigo y admirador de la *taurofilía*. ¡Bastante cuidado le dará á D. Alfonso carecer de esta popularidad si consigue ser un Rey digno de estos tiempos y de este pueblo!

Lo que he dicho y creo y espero del Rey, lo digo y creo y espero de su augusta hermana la Princesa de Asturias, que mirando las corridas de toros con el desden, y aun con el horror que merecen, dará una severa lección á las *taurófilas*, á quienes no sé cómo no se les cae la cara de vergüenza pensando que la afición á esos sangrientos y bárbaros espectáculos es la negación de las virtudes más dulces y santas de su sexo.

¡Sí, señor, ¡vivan los toros! pero vivan convertidos en bueyes y tirando de la carreta ó del arado, que es el medio de que sean útiles á la patria y á la humanidad, y no vivan holgazaneando en las dehesas para morir en la plaza matando hombres y caballos, y ni siquiera proveer nuestra mesa de carne saludable, decente y sabrosa, que ni los perros pueden comer la envenenada y repugnante que, con permiso de la autoridad, se vende en la carnicería de la Plaza de Toros despues de la corrida.

ANTON DE LOREAGA.

MENESTRA.

Voy á dar un paseo mental por mi pueblo apuntando en el libro verde las *indignidades* que me salgan al paso.

—En los pueblos y pueblecillos peor administrados por donde atraviesa una carretera, se lee un cartel que dice: «Se prohíbe á los carruajes y caballerías pasar corriendo por el casco de la población, bajo la multa de tanto ó cuanto. Cada calle de Madrid es una carretera y en la mayor parte de ellas es cien veces mayor el peligro de un atropello que en las de los pueblos donde hay la susodicha prohibición y sin apelación se sangra el bolsillo al que la infringe. Sin embargo, todo género de caballerías corren y galopan por las calles de Madrid, incluso las más concurridas, sin que se lo impida nadie; y si cada día no mueren en ellas despachurradas una porción de personas será porque Dios no querrá que paguen justos por pecadores. Los pecadores son los que consienten estos desmanes y dan con ello pretexto á que entre el vulgo ignorante se entablen diálogos del tenor siguiente, cuando un coche corre atropellándolo todo:

—Pero señor, no es una picardía que clama al cielo el que se consienta á los coches correr por las calles como corre ese?

—Vaya si lo es!...

—Pero por qué no se hunde á multas á los que así corren?

—Por la sencilla razón de que nadie quiere multarse á sí mismo.

—Años hace que entre el teatro ridículamente llamado de Apolo (ridículamente digo no por nada sino porque la insubordinación que allí muestran las musas prueba que Apolo no las preside ó es una especie de Rubau Donadeu), hay un solar en que se aguarda á edificar el día del juicio por la tarde. La edificación es cosa que importa poco aunque importe mucho, pero lo que importa mucho aunque importe poco, es que se haga desaparecer la valla del susodicho solar que coge casi toda la acera y hace salir al empedrado al transeunte, exponiéndole á ser víctima de los callos de sus piés ó de los callos de las caballerías. Cuando llueve aquello se pone hecho un lodazal, á lo que contribuye la tierra de dentro de la valla que se liquida y sale á la vía. Pero señor, ¿qué razón hay para que en un sitio de tanto paso como aquel no se haga remover la valla y dejar completamente libre la acera?

—Apenas ha empezado á calentarse el sol y ya hay que taparse las narices al pasar por las pescaderías que engalanan la puerta de infinito número de tiendas de mi pueblo, avanzando buen trecho á la acera para estomagar más á su gusto al transeunte. Hasta en los puertos de mar, los pescados se venden en determinado sitio, llamado por esto pescadería y dotados de todas las condiciones necesarias á tal uso. En Madrid mismo, había antiguamente esta especie de mercado, ó red, de que conserva memoria el sitio llamado Red de San Luis. Como los madrileños pretendemos que aquí comemos el pescado más fresco que en los puertos don-

de se pesca, pretendemos también por lo visto que aquí no necesitamos semejante pescadería, para que el pescado vaya colgando á nuestra sarten.

—O yo estoy muy equivocado, ó las muestras permanentes de los establecimientos, forman parte del ornato público. ¿Por qué se había de consentir que la mayor parte de estas muestras, en lugar de ser de la cultura de un pueblo, lo sean de la falta de gramática que en él insulta á cada paso á los señores académicos de la lengua? Yo me propongo tomar nota de unos cuantos centenares de inscripciones muestrarias y ponerlas á la vergüenza con todos sus pelos y señales, para que toda España, ó mejor dicho, toda Europa y América, donde EL CASCABEL circula profusamente, vea las lindezas gramaticales y ortográficas que campean donde reside la que limpia, fija y dá esplendor.

—¡Agradecidos, como hay Dios, deben estar al duque de Fernan-Núñez, inventor del famoso paseo de coches del Retiro, los vecinos y propietarios de los ricos y populosos barrios comprendidos en las cercanías de Recoletos y la Fuente Castellana, pues desde que se abrió el susodicho paseo, la moda ha abandonado el de Recoletos y la Fuente Castellana, los más bellos de mi pueblo, y aquello es un desierto, pues no pasea ya por allí una alma, y todo es soledad y monotonía y tristeza, donde antes todo era movimiento y alegría y vida. ¡Haga Vd. palacios y jardines, gástese Vd. el oro y el moro en vallecitos tan amenos como el de la Fuente Castellana y sus vertientes para que en seguida venga un desafiador de pulmonías y tercianas como las que pululan en las alturas y humbrías del Retiro, y le convierta á Vd. su paraíso en campo de soledad, místico collado, que no tardará en cubrirse de ruinas!

—Me parece que la autoridad no haría mal en pasar un recadito de atención á los revendedores de billetes de teatros y toros y lotería, haciéndoles entender que son muy dueños de pregonar su mercancía á respetuosa distancia de los transeuntes, pero no de meterse á éstos por la cara.

—Y á propósito de los vendedores callejeros, tienen estos señores una lógica tan aguda como punta de colchon. Ahora han dado en decir para convencer al transeunte de que debe comprarles un décimo de la lotería:—«¡Ande Vd., tire Vd. á la calle doce realitos comprándome este décimo! ¡Picarillos, qué gracia y qué travesura tenemos los gatos de Madrid! Otros se las buscan de modo no menos ingenioso, que consiste en decir, que sólo les queda uno aunque les queden veinte, con lo que se exponen á veces á perder y nunca á ganar, pues el que les quede uno no es razón para que se le compre, y si se quieren comprar dos hay que pasar de largo diciendo: Yo quería dos y éste no tiene más que uno.

—¿En qué quedamos, se levantan ó no se levantan las barandillas del viaducto de la calle de Segovia? Lo digo porque la otra mañana se me pusieron los pelos de punta viendo á dos chicos montados á horcajadas en ellas, uno en la de la derecha y otro en la de la izquierda, dando saltitos, pues habían apostado á quién llegaba ántes al extremo de su respectiva barandilla. Ya veo que quitarlas para poner otras más altas es un trastorno y un gasto de mil demonios; pero siquiera póngase sobre ellas un enrejado de alambre que salve la vida de los desesperados, brutos ó traviesos.

—Del tramvia tengo que decir mucho malo y poco bueno; pero esto lo dejaremos para otro día, á ver si entretanto hay enmienda. Es lástima que sus ocupaciones no permitan menudear sus Revistas de varias cosas al discreto, ilustrado é ingenioso González de Tejada, que trata al pelo estas cosas de mi pueblo; pero ello hay que suplirle aunque sea mal, y pienso seguir sacando á mi pueblo los colores á la cara por lo poco que hace para justificar sus pretensiones de ser pueblo grande y no poblachón.

—¡Ah! se me olvidaba otra cosa, y es decir las modas que van introduciendo en algunos cafés de Madrid los mozos ó camareros, como se llaman ellos, á pesar de que no asisten en cámara alguna. Es moda de los susodichos mozos no devolver más que diez y seis cuartos cuando deben devolver diez y siete; es moda que cuando se les dan dos reales para que cobren real y medio de un café, se embolsen los dos reales, devolviendo sólo y de mala gana un «gracias», y es moda que pongan sobre cada mesa ó velador un servicio de café, y cuando uno se va á sentar allí le digan, si no les unta la mano, que está ya tomado aquel sitio.

—Por vida de.... Todavía se me olvidaba otra cosa. El ayuntamiento más patrioter y populachero que mi pueblo ha tenido plantó años atrás el grupo de Daoiz y Velarde en medio de una carretera entre la puerta de Bilbao y la de Fuencarral, que era el peor sitio donde podía plantarse escultura de tanto mérito. En el pedestal de las estatuas de los héroes que murieron invocando al rey al mismo tiempo que á la pa-

tria, tuvo el ayuntamiento patrioter la ocurrencia de poner unos versos que son un atajo de insolencias á la monarquía y lo que es más á la dinastía reinante. Me parece á mí que el ayuntamiento actual debía ya haber suprimido los tales versos, pues ni siquiera decoroso es que sean de lo primero que el forastero se echa á la cara al llegar á la corte de D. Alfonso XII.

Me parece que ya no se me olvida más. Si se me olvida, de seguro no lo dejaré otro día en el tintero.

EL GATEBILLA.

DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD

—Muy preocupado veo á Vd., amigo D. Cenon.

—Motivos tengo para ello.

—Pues qué le han dado sus hijas algún nuevo nietecillo? ¿Se ha quemado su casa? ¿Tiene Vd. papel del Estado? ¿Ha comido morcilla el *Canelo*?

—No, amigo mio: desde los últimos gemelos de mi Nicolasa no ha vuelto á aumentarse la familia; la casa no se ha quemado; di salida al papel y el *Canelo* no se aparta un momento de su bozal.

—¿Pues qué motiva entonces su mal humor?

—Las pícaras ideas modernas: el endiablado progreso.

—Hombre, eso exige alguna explicación.

—Nada más fácil. ¿En qué día ha caído San José?

—En Viernes Santo.

—Justo: nunca se había visto semejante absurdo. Pero no es eso solo; ¿cuándo han sido las Pascuas?

—En el mes de Marzo.

—Otra irregularidad de los desgraciados tiempos que alcanzamos. Cuando no dominaban las ideas modernas, bien sabido era que: *altas ó bajas, en Abril Pascuas*.

—Pues, para mí supone muy poco semejante adelantado. ¿Dejará por eso de ser Pascua florida?

—¡Florida! ¡Buenas y gordas! Lea Vd. *La Correspondencia* del martes. En este año, los agricultores están admirados de que aun no se hayan presentado los botones de los árboles. Vienen retrasados más de un mes.

—Lo cual no impide que coma Vd. buenas magras.

—¡Magras! Pues, ¿y las *trichinas* que tiene el cerdo?

—Y buen vino.

—Sí, la *Allopera* en vaso.

—Vamos, querrá Vd. hacerme creer que solo come patatas.

—Nada de eso: no pienso volver á probarlas. ¡Ignora Vd. tal vez que la *chrysomela* es un coleóptero que las vuelve venenosas?

—¡Y de todo tiene la culpa el progreso!

—¡Pues no, que la tendré yo!

—El progreso, amigo D. Cenon, es la cosa más calamuniada que existe, siendo muy general que no se hable de él, sin figurarse uno enseguida oír tocar el himno de Riego y ver formada á la milicia nacional. Vamos, ¿qué me dice Vd. del ferro-carril?

—Que descarrila.

—¿Y del telégrafo?

—Que sirve para anticipar las malas noticias.

—¿Y de la fotografía? ¿Y de la navegación aérea?

—Que nuestros abuelos se pasaban sin ellas muy bien.

—Es verdad, les bastaba con el Santo Oficio.



—Entendámonos, ¿por dónde puede subirse á los coches del tram-via?

—Por la puerta.

—No señor: los coches en cuestión tienen dos frentes y dos lados, y la empresa dice que *se prohíbe subir por los frentes*.

—Pues entonces, por los lados.

—Habrá que romper los cristales.

—No; eso tampoco debe estar permitido.

—Pues entonces no lo entiendo.

—Ni la empresa del tram-via tampoco.



—Conque positivamente ha muerto el periódico *La Crítica*?

—Por lo ménos ha suspendido su publicación, pero en cambio se publican *El Talano*, *El Boletín de loterías y toros*, *El Enano*, *El Tero* y *El Becerro*.

—Y sabe Vd. que eso no habla mucho en nuestro favor?

—¡Qué disparate, hombre! Si faltan periódicos que velen por los fueros del buen gusto y por el desarrollo de las ciencias y las artes, en cambio abundan los que caracterizan á nuestro pueblo. Si los españoles no conservaran cuidadosamente esa fiesta en que mueren ensartados hombres y caballos y en que se hacen chu-

letas con un pobre toro vivo cómo había de conservarse el plantel de campeones dispuestos siempre á encender la guerra civil, luchar en favor de cualquier aventurero ambicioso y darse de puñaladas por un *quítame allá esas pajas?*

—Es verdad, y ahora comprendo por qué celebró D. Carlos su entrada en España con una corrida de becerros.

EL GORRISTA.

El deseo de la estimación pública que todo individuo siente respecto á la sociedad, para que esta, apreciando las cualidades de cada hombre en particular, dé en recompensa la consideración y afecto que se merece por los actos que entrañen algo útil, algo bueno ó algo grande y honroso para la misma: ese vehementísimo deseo que armó la mano de tantos héroes; que sabe transformar la tosca piedra en admirable estatua bajo el cincel mágico del escultor, como el simple lienzo en preciosos cuadros que enriquecen museos y glorifican naciones bajo la paleta del pintor; que surcó con Doria, Colon y Hernán-Cortés procelosos mares; que ha inspirado siempre profundas meditaciones al sábio, pasmosos inventos al físico y gallardas creaciones al poeta: ese sentimiento, que es el pan de las almas elevadas, que es la sávia de los corazones rectos, que es el guía del hombre digno y decente y que tan necesario es al mundo moral como el oxígeno lo es al cuerpo... no es, no ha sido, no será nunca ni conocido ni respetado por el tipo que ligerísimamente vamos á estudiar; y que á tan plausible deseo, á tan noble sentimiento, opone el deseo de pasar á costa de los incautos, y el repugnante sentimiento del egoísmo que sacrifica los legítimos derechos del prójimo en aras del irracional y exagerado amor propio, en aras del fabuloso afecto hácia sí mismo.

Estos deseos y estos sentimientos tan bajos, tan deprimentes, tan censurables, son mirados con desprecio por la sociedad sensata; pero ¿qué le importa al gorrista el desprecio de los que le conocen ya, si él aspira á la utilidad que le proporcionan los que aún no han profundizado su carácter? ¿Qué le importa que Juan al verle apriete el paso y esconda en lo más profundo del bolsillo su guarda-monedas, si Pedro, Anastasio y Diego se constituyen en sus nuevos primos, dispuestos á satisfacer los apetitos del mismo? ¿Qué le importa que alguna víctima, aburrída ya de serlo, le cante las verdades del barquero, si en el diccionario de nuestro hombre no existen las palabras *rubor* y *vergüenza*, y contra su *sans façon* se embotan los tiros mejor dirigidos?

¿Quereis saber toda la doctrina que profesa el gorrista, el credo que sigue y defiende, las ideas que sustenta y le sustentan? Pues es muy sencillo y no hay aguador que lo ignore: *dame pan y llámame tonto*. Ved aquí toda su filosofía, ménos profunda ciertamente que la peripatética, la krausista ó la hegeliana, pero de más tangibles resultados; que no discute sobre el *yo* y *no-yo*, ni sobre el origen de las ideas y mil y mil puntos de controversia científica; pero que sabe alimentar al que la posee, si no con discursos y razonamientos elevados, al ménos con bisteks y raciones de jamon en dulce, ó pastelillos del Suizo, que es más grato al paladar, por más que la razón se encuentre en plena cuaresma. Entremos á detallar algo este tan famoso como abundante tipo.

¿Conoceis al gorrista, discretos lectores? ¿Habeis tenido la desgracia de tropezar con alguno del gremio en tertulias, cafés ó teatros? ¿Os ha producido alguna vez bilis negra, que es la que forman los disgustos? Si le conoceis, lo que firmemente creo, os compadezco de lo profundo de mi alma, y si no, que lo dudo, os doy cordial enhorabuena. Yo he tenido la desgracia de estudiarle muy de cerca, ya bajo la figura de un militar de largos y retorcidos bigotes, perá descomunal, apretada cintura, pecho prominente, gracias al algodón en rama, y estrechos pantalones que le permiten exhibir ante su Dulcinea los alambres sobre que armó naturaleza aquel tronco que tantas cosas contiene, aquella cabeza que solo discurre el arte de pegársela retrechamente al lucero del alba, y aquellos brazos más dispuestos á levantar la jícara del suculento chocolate de casa doña Mariquita y la copita de rom de Fornos, que la espada de combate: ya bajo la esbelta de un pollo, que aunque viste con elegancia suma, no tiene por conveniente pasar por casa del sastre, del zapatero ni del sombrerero que le calzan, visten y cubren, no sé por qué motivos de delicadeza: ó bien, y es lo más general, bajo el airoso talle de una damisela de ojos poderosísimos, y en cuyas pupilas adivinaria un poeta el amor, la pureza y la pasión, así como yo leo claro como en un libro un bistek, un

mantecado ó una tostada de abajo, quejes lo que demandan á voz en grito; de boca divina, si es que esta exclusiva cualidad de Dios puede aplicarse á ese agujero por donde entran lo mismo el aristocrático faisán que la prosáica patata, y por donde salen lo mismo dulces y cadenciosas palabras que tacos redondos; de frente y barba hasta allá; de tentadoras megillas, capaces de perder á un convento de cartujos, y de cuello torneado y provocativo.

Si no conoceis ningun hijo de Marte como el que os describo, ningun lechugino como del que os hablo, ni ninguna sirena *en seco* como la anteriormente apuntada, tendreis la tranquilidad de conciencia de no ser primos mas que de los hijos de vuestros tios, ó del rey si sois grandes de España. Yo, que por mi parte no tengo grandeza de España, aunque por la estatura bien me la merezco, ni muchos primos por parentesco, lo que digo á Vds. en secreto, que celebro mucho, he sido algunas veces primo de aquellos militares, de aquellos petimetres y de aquellas seductoras jóvenes, y tengo por ende sobre mi yo, sobre mi alma consciente, un peso enorme, el de unos cuantos duros en calderilla, que es de la manera que acostumbro á pagar mis primadas.

Recuerdo que á Gil Blas de Santillana se le comió un gorrista dos tortillas y una trucha, aderezando el almuerzo con elogios que muy bien sonaban en sus juveniles oídos. ¡Cuántas cosas se comen los gorristas modernos sin necesidad de tantos elogios! Y es que los primos de ahora son aún más primos que los de entonces: ¡poder del progreso!

Del género gorrista, elijamos la especie femenina para decir algo más de él, ya que desgraciadamente tanto abunda en Madrid.

El catecismo de Ripalda dice magistralmente que Dios está en todas partes; lo que en mi concepto no tiene nada de particular, porque la gorrista sin tener la omnipotencia divina también lo está. ¿Os dirigís al barrio de Salamanca á visitar á mi amigo Frontaura ó á otro conocido? pues en el tram-vía la encontrareis acompañada de su respetable mamá; allí recibireis su afectuoso saludo, y os cederá un poco de su asiento con el santo objeto de que pagueis el suyo y el de la autora de sus días: allí os invitará á dar la vuelta hácia Madrid juntitos, y llevará hasta el extremo su amabilidad y deseo de honraros con su compañía, de citaros para aquella noche en el café Universal, ó en el saloncito de descanso del teatro de Variedades. ¿Vais á la plaza de toros á ilustraros y dulcificar vuestras costumbres, viendo como el toro Conejo agujerea á unos cuantos caballos que han cometido el imperdonable pecado de hacerse viejos, y no aprovechar más que para divertir al sensato público que contempla con risotadas muchas veces, y con estóica indiferencia otras, las tripas de aquellos nobles cuadrúpedos arrastradas y pisoteadas por los mismos?... pues allí (en la plaza no en el redondel) encontrareis á la gorrista acompañada de su correspondiente primo, que nunca ha hecho una limosna á un pobre vergonzante, pero que acaba de empeñar el reloj de su padre y el guarda-pelo de su novia para darse tono y convidar á tan edificante espectáculo á las señoritas del oficio, que en pago se reirán de su estúpida inocencia.

Si teneis el poco gusto de no querer admirar á Lagartijo y al Gordito (que hacen mucho dinero, mientras distinguidísimos literatos se mueren de hambre), y os encamináis á Recoletos á ver las lindísimas y aristocráticas pollas que salen de los conciertos del nunca bastantemente ponderado Monasterio, vereis también en abundancia á la gorrista repartiendo saludos tan dulces, miradas tan expresivas y mimos tan insinuantes, como insinuantes, dulces y expresivas son para ella las gorras que retrechamente os cuelga todos los días.

¿Há parido vuestra parienta, ó vuestra amiga y vais á visitarla y cumplir con los deberes que tan estrechos vínculos imponen á todo hombre bien nacido? Pues descuídalo, que si es el día del bateo, allí encontrareis alguna de la clase, no dispuesta á prodigar cuidados á la enferma, pero sí á comer á dos carrillos y á llenarse los bolsillos de dulces y chucherías de todas clases.

Y en días de boda; y en días de días; y en palacios y en aldeas; y en el Prado ó Recoletos, para que le pagueis el asiento, y hasta en la iglesia, y en todas partes encontrareis la gorrista con el mismo aire de afabilidad, con el anzuelo echado á los incautos, y con todos los defectos morales y sus acicalamientos físicos.

El gorrista (y hablo en general del tipo) no discurre ni estudia nada útil para la sociedad; pero come, bebe, y á veces viste á costa de los tontos, que son muchos segun ya en sus tiempos decía Salomon. El gorrista no tiene el más grande, noble y distinguido sentimiento del humano corazón, el sentimiento de dignidad; pero en cambio oye á Tamberlick, se deleita en los conciertos clásicos, bebe en Fornos y come en

el Suizo sin costarle un cuarto, y esto algo vale y algo significa. Al gorrista se le entornan muchas puertas; pero él empuja y entra en la casa donde no se le quiere abrir si puede sacar alguna cosa: se la cierran; llama y pasa adelante: se le arroja ignominiosamente de ella; procura no caer por la escalera y... queda tan tranquilo.

Es mucho tipo el tipo del gorrista.

En suma, no busqueis en el gorrista lo elevado, lo racional ni lo digno; sino lo rastro, lo estúpido y lo degradante; no lo que da pasto al alma, sino lo que nutre el cuerpo. Pero ¿por qué cansarme escribiendo más de este ente si no existe quien prácticamente no le conozca, quien no haya sido su víctima á por mayor ó á por menor?

Dejémosle en paz con sus enormes defectos por hoy, ya que una fuerte neuralgia facial me impide continuar describiéndole, y roguemos á Dios que no se nos interponga en el camino, porque nos expone-mos á aligerar nuestro bolsillo de *peso específico*, como llamaba al dinero un amigo mio, droguero por más señas.

Conque salud, que es lo que yo no tengo, y hasta la otra.

EMILIO CIRUGEDA.

ANACREÓNTICA.

Dime, pastorella,
dime, niña hermosa,
ángel de mis sueños,
de mi vida gloria:
¿por qué la tristeza
esparce sus sombras
por tu bello rostro,
y á raudales brota
de tus ojos llanto
que mi alma acongoja
y que á tus mejillas
el carmin les roba?
¿Por qué de tus labios
de color de rosa
huyó la sonrisa?
¿Por qué de tu boca
ni una sola frase
escucho amorosa;
ni alegres canciones,
cual antes, entonces?
¿Por qué tristes ayes
lanzas silenciosa?
¿Por qué cuando límpida
despunta la aurora
y por el Oriente
el rey-astro asoma,
cual Filis y Amintia,
Clóris y cien otras,
que son de estos valles
sencillas pastoras,
no bajas ya al prado,
y, oculta en tu choza,
tu rebaño á ajeno
cuidado abandonas?...
Dime, ¿por qué sufres?
¿Qué pena te agobia?
¿Qué dolor te aflige?...
—«Y á usted, qué le importa?»

LIBORIO C. POSEET.

CASCABELES.

Sr. D. Alberto Bernis,—es usted un empresario—inteligente y rumboso—y digno de gran aplauso.—En la *Redoma encantada*,—que escribió el ilustre anciano—Hartzenbusch (D. Juan Eugenio)—que por modesto y por sábio—es honra de nuestra patria—y la gloria del Parnaso,—hizo usted, señor de Bernis,—al ponerla en su teatro,—prodigios de gusto y lujo—y de riqueza y de fausto.—Aquellas decoraciones—que contienen mil encantos,—y aquellos bailes magníficos—un asombro son, un pasmo,—y aunque al baile mayormente—yo no soy aficionado,—de tanto aplaudir aún tengo—muy doloridas las manos.—Se conoce que no es rana,—¡qué ha de ser rana! ni rano,—el director de los bailes—que usted nos ha presentado.—Doy á usted la enhorabuena,—que tiene usted mucho garbo—para poner en escena—las obras en su teatro.—Celebraré, señor Bernis,—que gane usted muchos cuartos,—y que con salud completa—viva usted doscientos años.

Domingo y lúnes—llena la plaza.—La gente estuvo—regocijada—viendo caídas—y costaladas,—tripas colgando—metes y sacas,—y oyendo aquellas—malas palabras—con que personas—altas y bajas—al diestro animan—á que se vaya—á ver del toro—cerca las astas.—Cuando los brutos—agonizaban—¡oh! ¡qué gran

júbilo!—¡oh! ¡qué algazara!—Mucho la gente—mucho gozaba.—¡Anda, gallina!—¡Oye tú, maula!—¡Tumbon, tunante,—pon esa vara!—¡Al Saladero—ese gran mántria!—¡Darle morcilla!—¡Bribon, canalla!—Con estas frases—y otras que espantan,—de su cultura—dá muestra clara—el noble público—que va á la plaza.—Sigan los toros—siga la danza,—tengamos siempre toros y cañas.—¡Alza, morena!—¡Viva la gracia!—Y no se diga—que mientras haya—fiestas de toros—está la patria—poco, muy poco—civilizada.

Un periódico radical habla con cierta sorna de un almuerzo que dió el otro día en el ministerio de Fomento el ministro á varias personas distinguidas.

¡Pero hombre, hablar de almuerzos los radicales, que en su tiempo asombraron al mundo con sus almuerzos, comidas, cenas y meriendas!... ¡Ya se les ha olvidado aquel apetito desordenado!...

Ya ha exonerado D. Carlos á Cabrera, y mandado que sea sometido á un consejo de guerra.

La intencion ya está conocida, pero creo yo que á Cabrera le tendrá sin cuidado.

Por supuesto que Vd., si es padre de familia, tiene que suscribirse á *Los Niños*. Vd. acabará por convencerse de que necesita suscribirse á *Los Niños*.

La compañía de ópera del teatro de Apolo es bastante buena, y creemos que el público premiará los buenos propósitos de la empresa.

Los Sres. D. Eduardo Aristegui y D. Manuel Vierge, nos han remitido un ejemplar del croquis del teatro de la guerra, que acaban de publicar. Es un trabajo concienzudo y con el cual pueden seguirse las operaciones y vicisitudes de la campaña; trabajo tanto más importante cuanto más se acerca la época de que recobren su actividad las operaciones militares.

Los carlistas llaman á las armas á todos los navarros que hayan cumplido diez y ocho años.

Carita les cuesta á los navarros la afición á don Carlitos.

Pero sarna con gusto no pica, ¿no es verdad?

Un bello libro de poesías, *Gritos del combate*, ha publicado nuestro amigo el Sr. Nuñez de Arce. Los periódicos políticos lo aplauden y encarecen por la intencion política. Nosotros lo aplaudimos y celebramos por su inmejorable y gallarda forma literaria, por la alteza de los pensamientos y lo bello de los conceptos. El libro honra al Sr. Nuñez de Arce, y será leído con gran interés por toda persona ilustrada.

Para las personas aficionadas á la resolucion de los áridos problemas científicos, se publica en esta Corte una *Revista de la sociedad de profesores de ciencias*, digna de la mayor consideracion. Como yo no he podido convencerme todavía, aunque lo digan todos los matemáticos del mundo, de que el cuadrado de la hipotenusa sea igual á la suma de los cuadrados de los catetos, me declaro incompetente para juzgar del mérito de dicha revista; pero escribiendo en ella muchos sábios españoles y extranjeros, creo del caso señalar su existencia y decir que ha entrado ya en el año segundo de su publicacion.

Lista de la compañía de ópera que comienza á funcionar en el elegante teatro de Apolo:

Direttore amministratore, signor Michele Scarpa.

Regissore generale, signor José D'Araujo.

Maestro concertatore e direttore d'orchestra, signor Carlo Mangiagalli.

Prima donna soprano assoluta, signora Erminia Demayer.

Prima donna contralto, signora Barbarina Rossilana.

Prima donna soprano leggera, signora Carolina Delvilli.

Altra prima donna soprano leggera, signora Carmen Asenjo.

Comprimarie, signore Giuseppina Franc e Teresa Gimeno.

Primo tenore assoluto, signor Attilio Simonetti.

Altro tenore, signor Achile Silvestrilli.

Primo basso assoluto, signor Carlo Morotto.

Primo baritono assoluto, signor Giovanni Bergamaschi.

Altro baritono, signor Antonio Darovini.

Altro basso generico, signor Angelo Franchetti.

Comprimari tenori, signori Angelo Marty e Giovanni Ferri.

Bassi, signori Benigno Giardini e Carlo Fiori.

Maestro dei cori, signor Arturo Padovani.

Suggestore, signor Achille Albanese.

Cuarenta profesores de orquesta.—Cuarenta coristas de ambos sexos.

Deseosa tambien la empresa de dar la mayor variedad posible al espectáculo, promete poner en escena durante el abono de las veinte funciones no ménos de diez óperas escogidas entre el siguiente repertorio.

Un ballo in maschera, Roderigo Deveraux, Hernani, Jone, I due Foscari, Traviata, Fausto, Trovatore, Rigoleto, Lucrezia Borgia, I Lombardi, Poliuto, Gemma di Vergy, Relisario, Martha Lucia, Barbieri, Nabucco, Macbet.

El Sr. Catalina ha puesto en escena en esta semana *El arte de hacer fortuna*, y representado el papel de don Facundo Torrente de una manera superior á todo encarecimiento, siendo perfectamente secundado por los demás actores del clásico teatro del Príncipe.

A propósito de este teatro, duélenos en verdad que el público llene la plaza de toros, acuda por moda á los conciertos, corra á ver las pantorrillas en el Circo, y deje abandonado el único teatro donde hoy se rinde culto al verdadero arte dramático; donde trabaja la gloria de la escena española, Matilde Diez; donde hay artistas como Catalina, el sin rival en la comedia de costumbres; Vico, que con tanto entusiasmo y tanto talento interpreta los más difíciles caracteres; las señoritas Castro y Mendoza, Alverá y Fernandez; el concienzudo Cepillo; el simpático y distinguido Morales; Romea (D. Florencio y D. Julian); el excelente actor cómico Castilla; Parreño, Alisedo, etc., etc.

No habla muy en favor del buen gusto del público la falta de concurrencia en el único teatro donde se respetan escrupulosamente las gloriosas tradiciones del arte, y donde están reunidos los principales actores.

Hubo el otro día en el Circo de Price un concierto á beneficio de las viudas de los carabineros fusilados por los carlistas, y el público no fué.

Si hubiera sido corrida de toros, habria habido un lleno completo.

El Sr. D. Francisco Sepúlveda, delegado general en Madrid de la empresa de vapores correos trasatlánticos de D. Antonio Lopez y compañía, ha sido agraciado con la cruz del Mérito naval.

Aplaudimos que se distinga así á persona de tan relevantes prendas y de tan grandes servicios en los importantes cargos que desempeñó antes del 68, y que hoy representa dignamente á la gran empresa de vapores trasatlánticos que tanto honra á España y que con tanto zelo y exactitud hace el servicio del correo entre la Península y las Antillas, y en tantas ocasiones ha demostrado su patriotismo y su interés por la causa de la integridad nacional, facilitando el embarque de tropas y poniendo á disposicion del Gobierno, sin reparar en sacrificios, los grandes elementos que tiene.

Felicitemos sinceramente al Sr. Sepúlveda, querido y respetable amigo nuestro.

Dice *La Correspondencia*—que pronto en el ministerio—de Marina, se verá—un rebonito Museo—de pesca. ¡Pesca dijiste?—Pues lo que es la pesca entiendo—que se vé muy fácilmente—en todos los ministerios,—á donde van pretendientes—á pescar siempre dispuestos,—usando todos los modos—conocidos, red, anzuelo,—y otros que callo prudente—para no ser indiscreto.—Todo Madrid es de pesca—el más completo Museo,—que cunde mucho la ciencia—que enseña á pescar en seco.

Los periódicos, cuyos redactores han sido ya colocados en grandes empleos, siguen clamando contra la empleomanía.

Y sucede que cuanto más se censura este afan, más aumenta el número de los pretendientes.

Yo siempre estoy proponiendo medios de acabar con la empleomanía y nadie me lo agradece.

Allá va uno eficazísimo:

Ofrezcan á todo pretendiente un empleo á condicion de que vaya dos meses á pelear contra los carlistas en las avanzadas.

Por muchísimo ménos lo hacen los soldados del ejército.

Veinticinco mil pretendientes hay en España, según dicen los periódicos.

Hay veinticinco mil que piden, otros veinticinco mil que pedirían de buena gana pero no tienen compromiso entre la gente de valimiento, y otros veinticinco mil que están pensando lo que han de pedir.

Es inútil que se hable contra la empleomanía. Los pretendientes tienen que aumentar de día en día, estimulados por el ejemplo.

Que se apruebe una ley que yo proponga, y las pretensiones cesan instantáneamente como los fuegos con el aparato de Bañolas.

La Correspondencia dice,—pues todo lo brujulea,—que en San Carlos, en la clínica,—está una señora enferma,—que tuvo un tumor enorme,—y para que no lo tenga,—la han operado tres médicos—que son honra de la ciencia.—Yo conozco una matrona—que está postrada y sin fuerzas,—con un tumor tan enorme,—tan grande y que tanto pesa,—que milagroso parece,—que, teniéndolo, no muera.—Y es lo más triste del caso,—que á pesar de la asistencia—de centenares de médicos—que presumen de gran ciencia,—nadie su tumor le cura, nadie su tumor le opera,—y así el tumor va tomando—proporciones gigantescas.—La enferma se llama España,—y el tumor es una mezcla—que ferma pesada masa—de ambiciones y soberbia,—odios, envidias, rencores—y viles concupiscencias,—y á esta masa se la nombra—la *política moderna*.—Quien ese tumor le cure,—quien tanta habilidad tenga,—será el ser más grande y bueno—que haya nacido en la tierra.

Creo que ya salen todos los días arrobos de cartas para Cabrera, escritas por pretendientes que le piden su recomendacion para obtener destinos.

Y eso que no ha ido, como yo, á visitar al Sr. Cánovas.

¿Y la situacion de los maestros de escuela va á mejorar? No lo digo por nada, sino porque para estos pobres maestros nunca llega el día de la justicia, y sobre todo el de la paga. Maestro hay que no come hace tres años. Se ha averiguado que nunca ha muerto ninguno de apoplejia. No hay ejemplo de que uno solo esté gordo y tenga buen humor.

Me parece que por caridad debe hacerse algo en favor de los maestros de escuela.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoleta.)

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

A REAL LA LINEA.

NUEVA PUBLICACION
BIBLIOTECA SELECTA,

EL MAR

por
J. MICHELET

Traduccion de Mariano Blanch.

Precio 10 reales. Véndese en las principales librerías de Madrid y provincias.

ARTE DE HACER VINOS.

MANUAL TEORICO Y PRÁCTICO, del arte de cultivar las viñas, por Nicolás de Bustamante. Contiene el cultivo y abono de las tierras, eleccion y plantacion de las cepas, sus enfermedades y modo de curarlas, de la poda y cava; modo de hacer el vino natural y artificial, mejorar sus clases y hacerlo de varios modos.

1 tomo en 4.º de 232 páginas con una lámina. Véndese en las principales librerías de Madrid.

Los pedidos dirijirlos al editor D. Manuel Sauri.—BARCELONA.

MUJERES DEL EVANGELIO
CANTOS RELIGIOSOS
escritos por el malogrado
LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LA FUNERARIA.

PRECIADOS, 70.

DESPACHO DÍA Y NOCHE.
Casa especial para toda clase de servicios y construccion de efectos fúnebres. Diligencias civiles y eclesiásticas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y al extranjero por coches especiales construidos al efecto.—Suministrándose gratis toda clase de pormenores, rogamos al público nos consulte antes de adquirir ningún compromiso.

BARAJITA AMOROSA
POR
DON JUAN TENORIO
dedicada á los enamorados.

Solamente cuesta 2 reales esta bonita baraja, con la que los enamorados pueden dirijirse preguntas y respuestas muy tiernas.—Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA
POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid. 40 reales.

» » en provincias. 50 »

Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administracion,

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

RETRATO
DE S. M. ALFONSO XII.

Magnífica lámina de papel grueso tirada á dos tintas y de gran tamaño, propia para Ayuntamientos, Juzgados, colegios y oficinas.—Con objeto de facilitar su adquisicion y quedando ya pocos ejemplares de la gran tirada que se hizo, se han rebajado á 10 reales los ejemplares en negro y á 14 los iluminados. Dirijirse á la administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2 librería.

LINARES, ÓPTICO.

CALLE DE CARRETAS, NUM. 3.

Gafas y lentes con cristales de roca del núm. 5 al 100, serrados al eje, desde 40 rs. Se hace ver por medio de un aparato científico para este objeto la verdadera y legitima clase de estos cristales de roca.

Gafas de oro con cristales de roca iguales á los anteriores, á 100 rs.